

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

—¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales! —aullaba el pueblo—. ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

—¡Fuego! ¡Sargento! ¡Fuego! ¡Fuego!...

La descarga de fusilería sobre el pueblo fue cerrada, larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fue instantáneo. Luego, la descarga se hizo rala, y luego, más espaciada.

(p. 101)

Desde la una de la tarde en que se produjo el tiroteo, hasta media noche, se siguió disparando sobre el pueblo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

(p. 103)

También el tema de la opresión y liberación de la mujer, explotada social y sexualmente, presente en la obra de los novelistas españoles,<sup>18</sup> aparece tratado por Vallejo. La brutal violación de que es víctima Graciela, y a consecuencia de la cual muere, por parte de José Marino y sus amigos, es el ejemplo más palmario; aunque no pueda olvidarse el caso de Laura:

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero aparcerero, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez por el párroco a una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura desempeñaba en casa de Marino Hermanos el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo.

(pp. 62-63)

Un tercer tema común a la novela social española<sup>19</sup> y a *El tungsteno* es el de la problemática inserción del intelectual pequeñoburgués en el movimiento revolucionario obrero:

(...) Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

—Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera como podremos entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... ¡Escoja usted, señor Benites!... ¡Escoja usted!

(p. 129)

Esta fue la postura asumida por el propio Vallejo, la del intelectual que se pone al servicio del movimiento revolucionario obrero, la «del hombre que lucha escribiendo y militando simultáneamente».<sup>20</sup> Y es desde esta posición, teorizada en su ensayo *El*

<sup>18</sup> En *La venus mecánica*, de Díaz Fernández, *verbigracia*.

<sup>19</sup> Lo encontramos en *La espuela de Joaquín Arderius*. También es éste un tema que aparece en la novela regionalista de Azuela, que presenta interesantes semejanzas con la novela de Vallejo.

<sup>20</sup> *El arte y la revolución*, p. 14.

*arte y la revolución*, y dentro del contexto histórico-cultural apuntado más arriba, desde la que debe interpretarse *El tungsteno*.

En el citado ensayo, Vallejo plantea, acaso de modo esquemático, *el duelo entre dos literaturas*, expresión del duelo entre las dos clases que representan: la burguesía y el proletariado. Vallejo toma decidido partido rechazando la literatura burguesa, la de aquellos que dan la espalda a la realidad social encerrados en su gabinete y se dedican a la elaboración de imágenes:

Ese refinamiento mental, ese juego de ingenio, esa filosofía de salón, esa emoción libresca, trascienden a lo lejos al hombre que se masturba muellemente, a puerta cerrada.<sup>21</sup>

La literatura revolucionaria por la que opta Vallejo es, a su vez, bolchevique o socialista. La bolchevique es principalmente literatura de propaganda y agitación. «Se propone, *de preferencia*, —escribe Vallejo— atizar y adoctrinar la rebelión y la organización de las masas para la protesta, para las reivindicaciones y para la lucha de clases. Sus fines son didácticos, en el sentido específico del vocablo. Es un arte de proclamas, de mensajes, de arengas, de quejas, cóleras y admoniciones. Su verbo se nutre de acusación, de polémica, de elocuencia agresiva contra el régimen social imperante y sus consecuencias históricas. Su misión es cíclica y hasta episódica y termina con el triunfo de la revolución mundial». <sup>22</sup> Es, pues, una literatura temporal. Su acción estética y su influencia cesan al iniciarse la edificación socialista universal; momento en el que se impone la literatura socialista, que «no reduce su socialismo a los temas ni a la técnica del poema». Es simplemente la expresión de la nueva sensibilidad, «una sensibilidad orgánica y tácitamente socialista». <sup>23</sup>

De la misma forma que la poesía póstuma de Vallejo responde a su concepto de literatura socialista, *El tungsteno* lo hace al de literatura bolchevique. Pretende contribuir a la destrucción del orden imperante, a la destrucción del capitalismo; es, pues, un texto de urgencia, una obra que no se pretende perenne. Ello no significa que se trate de una novela mal estructurada, como indica Meneses,<sup>24</sup> o que haya sido escrita sin un sólido plan, como sugiere R.H. Castagnino.<sup>25</sup>

Para evitar caer en tales juicios conviene observar que en *El tungsteno* no se narra tanto «las incalificables condiciones de existencia y la crueldad del trato que se inflige a las masas indígenas del Perú»,<sup>26</sup> ni el trato dado «a los mineros peruanos por parte de las compañías explotadoras norteamericanas»,<sup>27</sup> sino, como sugerí más arriba, el salto histórico que experimenta el departamento peruano de Colca, debido a la interven-

<sup>21</sup> El arte..., p. 96.

<sup>22</sup> El arte..., p. 25.

<sup>23</sup> El arte..., p. 27.

<sup>24</sup> «La narrativa de César Vallejo», Camp de l'arpa, n.º 30, 1976, p. 39.

<sup>25</sup> Escritores hispanoamericanos desde otros ángulos de simpatía. Buenos Aires, Editorial Nova, 1971, página 192.

<sup>26</sup> Georgette Vallejo, «Apuntes biográficos», editados en el tercer volumen de las Obras Completas de César Vallejo. Laia, 1977, p. 122.

<sup>27</sup> Angel Rama, ibíd., p. 239.

ción imperialista de una multinacional estadounidense, desde el estado precapitalista hasta la fase del capitalismo.

No puede argumentarse, por tanto, debilidad estructural de *El tungsteno* porque la narración pase de unos personajes a otros de forma aparentemente arbitraria. Tal acusación sería injusta porque la novela no narra la vida de ningún personaje, sino un concreto proceso histórico.

Este protagonismo de la historia explica igualmente que el retrato de los distintos personajes sea previsible, ya que éstos no son sino representantes de la clase social a la que pertenecen; es decir, tipos, caracteres típicos en circunstancias típicas, como quería Engels.

La tipificación no es, sin embargo, simplificadora y analiza de forma exhaustiva, aunque tendenciosa, la composición de la sociedad de un país subdesarrollado como era el Perú de 1914.

En lo más alto de la pirámide está la clase capitalista foránea, como significa el orden en que violan a Graciela:

José Marino primero y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último.

(pp. 49-50)

Personalmente son abyectos, pero en último término Taik y Weiss no son sino inescrupulosos agentes de las órdenes despachadas por la oficina de la Mining Society en Nueva York.

En un segundo nivel se encuentra una heterogénea clase burguesa autóctona integrada por los altos empleados de la multinacional y por los miembros de la antigua clase explotadora precapitalista como son Iglesia, el hacendado más rico de la provincia (usurero y explotador), el cura Velarde (juerguista y cruel), el subprefecto Luna (igualmente sanguinario) y aun el alcalde Parga (ladrón empedernido), que se vinculan al nuevo orden. Todos ellos, aliados al servicio del imperialismo, son una manifestación de lo que se denomina burguesía compradora:

El alcalde balbuceaba, bamboleándose de borracho:

—¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

(p. 112)

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales explicaba entusiasmadamente a sus amigos:

—¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas!

(p. 113)

—¡Ah! —exclamó el cura— ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. ¡Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fui a Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agachársele!...

(p. 114)

La llamada burguesía nacional, aquella burguesía local que tiene su capital dentro del país y que, circunstancialmente, puede asumir una actitud imperialista, no está de-

sarrollada en la novela. Hay, sin embargo, un pequeño burgués, el timorato Leónidas Benites, católico al burgués modo, que termina aliándose con el proletariado contra la Mining Society. La razón que lo mueve a ello no es ideológica. Ni siquiera se trata de un gesto humanitario de solidaridad con el oprimido, sino del deseo de venganza, como denuncia un obrero:

—Usted es un hipócrita, que sólo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más.

(p. 124)

En la zona más baja de la escala social reflejada por *El tungsteno* se encuentran los soras y los yanacones, interpretados como grupos sociales más que raciales, de acuerdo con la ideología marxista de Vallejo. De hecho, la mayoría de los obreros son indios; el mismo Servando Huanca, agitador de la conciencia proletaria, es «un tipo de indio puro» (p. 95).

Lo que diferencia a unos indios de otros es su relación con las formas de poder y el grado de conciencia de esta relación. Los soras, con su comunismo primitivo, constituyen —como escribía Engels— «una excelentísima y vastísima base a la explotación y el despotismo».<sup>28</sup> Incapaces de adaptarse al nuevo sistema, a los imperativos del capitalismo, serán exterminados en las minas, «entre las máquinas y la dinamita como perros». Su desaparición explica la mirada nostálgica del narrador que transforma a los soras en buenos salvajes.

Si los soras son las víctimas propiciatorias del sistema capitalista, los yanacones lo son del precapitalista. Ignorantes de pertenecer a un Estado, ignoran asimismo su obligación de cumplir el servicio militar, siendo arrestados de modo inhumano, criminal. La incompreensión de esta violencia, semejante a la que Vallejo expresara en su poesía, les produce angustia y deseos de muerte.

La imagen positiva de soras y yanacones la constituye Servando Huanca, el indio y, ante todo, proletario con conciencia de clase que aspira a despertarla en los mineros.

La visión de la realidad social que se ofrece a través de la novela es, pues, bastante lúcida. Es cierto que las tintas están muy cargadas, pero juzgar este hecho una torpeza narrativa es ignorar que en *El tungsteno* Vallejo ha optado, como afirma J. Campos,<sup>29</sup> por el cartel y el mural; es ignorar cuál es el principal objetivo de la novela y cuáles, sus principales destinatarios, hechos que determinan el empleo de técnicas realistas decimonónicas y aun folletinescas por parte de un narrador que destruyendo la ilusión novelesca —¿acaso de forma deliberada?— cede la voz a un autor que juzga, condena y alecciona. Es olvidar que Vallejo escribió:<sup>30</sup>

La forma del arte revolucionario debe ser lo más directa, simple y descarnada posible. Un realismo implacable. Elaboración mínima. La emoción ha de buscarse por el camino más corto y a quema-ropa. Arte de primer plano. Fobia a la media tinta y al matiz. Todo, ángulos y no curvas, pero pesado, bárbaro, brutal, como en las trincheras.

Francisco José López Alfonso

<sup>28</sup> Carta a Carlos Kautsky, 16 de febrero de 1884, en Marx-Engels, Acerca de colonialismo. Madrid, 1978, p. 150.

<sup>29</sup> «Relectura de *El tungsteno*». Insula, n.º 386-387, 1979, p. 21.

<sup>30</sup> El arte..., p. 134.